

Vida con «V» mayúscula

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10)

La vida abundante es lo que todo el mundo desea y necesita. Nos gustaría tener vida abundante que nos provea apoyo, que desborde, que satisfaga y que dure. Buscamos vida con «V» mayúscula. Es esta misma vida la que Jesús promete.

En años recientes, los tres medicamentos de mayor venta han sido Tagamet para las úlceras, Inderal para la hipertensión y Valium para los nervios. Se informa de que más de cien millones de personas andan sedadas con tranquilizantes. Dos terceras partes de las personas que estarán mañana en el consultorio de un médico, estarán allí por el estrés, por los nervios, o por razones mentales. La mitad de las personas que están internadas en los hospitales en este momento están padeciendo de crisis mentales o nerviosas. El Centro para el Control de las Enfermedades dice que el 52 por ciento de todas las muertes en los Estados Unidos, para las edades entre el primer año y los sesenta y cinco años de vida, son causadas por síntomas relacionados con el estrés. Vinimos a un mundo de estrés. Es el mundo en el cual nos ha tocado vivir y morir.

Deseo compartir con usted la mejor manera que conozco de vivir una vida abundante en un mundo de estrés. Cuando Pedro nos dio instrucciones sobre cómo sufrir, él dijo: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1^{era} Pedro 2.21). La mejor manera de tener una vida abundante consiste en seguir a Jesús. Pablo dijo: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1^{era} Corintios 11.1).

La única persona que vivió la vida abundante a plenitud fue Jesús. ¿Cómo hizo?

UNA PERSPECTIVA OPTIMISTA

Jesús mantuvo una perspectiva optimista. Sabía que iba a padecer y a sufrir dolor. Sabía lo que era llorar. En tres pasajes se nos dice específicamente que lloró (Juan 11.35; Lucas 19.41; Hebreos 5.7), pero debió de haber llorado en otros momentos también. El mundo del cual formaba parte estaba sometido a una tiranía y estaba lleno de terror. Jesús creció en un mundo en el cual un hombre podía ser arrebatado por soldados romanos, y nadie podía hacer una pregunta al respecto. Vivió en un mundo que estaba económicamente deprimido. A pesar de todo, él siempre vio la vida con optimismo.

Cuando Jesús estaba cerca de la horrible muerte que sufriría en la cruz, Él no mencionó la cruz una sola vez sin referirse a la corona. Esto es, no habló de Su muerte sin a la vez hablar de Su resurrección. Esto es lo que estaba diciendo: «Pero mira lo que hay más allá de mi muerte». Al llegar cerca del final de Su vida, Él era muy positivo. Dijo: «Subo a mi Padre. Pongo mi vida para volverla a tomar. Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Vea Juan 20.17; 10.16; 14.1–6.) Siempre tuvo una visión optimista de la vida.

Si nos bajamos de la cama por un lado, tenemos una lista de razones para estar felices el día de hoy. Si nos bajamos por el otro lado, tenemos una lista de razones para estar tristes el día de hoy. Tenemos que decidir por cuál lado de la cama nos vamos a bajar. Había razones más que suficientes para hacer de Jesús la persona más triste del mundo que alguna vez hayamos conocido, y había razones más que suficientes para hacer de él la persona más alegre que alguna vez hayamos conocido. Él eligió ser la persona más alegre, no la más triste.

Una vez tuve la oportunidad de estar con

uno de nuestros más excelentes predicadores del evangelio. Lo había conocido por su reputación, pero esta vez tenía la oportunidad de oírlo predicar. Lo que no había sabido antes, sino que lo descubrí ese día, era que su esposa había estado enferma mentalmente de doce a quince años. Durante los años que estaban criando a sus hijos adolescentes, ella se enfermó mentalmente, y su personalidad cambió por completo. Fue confinada a una institución mental. Sin embargo, cada vez que uno oye a este hombre predicar, o donde sea que uno lo vea, él está siempre lleno de buen humor y de felicidad. Creo que la razón por la que puede tener esta actitud se debe a que tiene la vida abundante de Jesús.

RELACIONES CON PERSONAS QUE LE AYUDABAN

Jesús vivió una vida abundante porque cultivó relaciones con personas que le ayudaban. Desde el inicio de Su ministerio, se relacionó con buenas personas. Estuvo con Lázaro, María, Marta, María Magdalena, Natanael, Felipe, Pedro, Jacobo y Juan. A Él le rodearon buenas personas. Creo que esto será de ayuda para nosotros.

Esto es lo que leemos: «No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1^{era} Corintios 15.33); «No entres por la vereda de los impíos, ni vayas por el camino de los malos» (Proverbios 4.14). Suponga usted que salgamos del servicio de adoración y nos vayamos directamente a relacionarnos con personas que no aman al Señor y que serán nuestros acompañantes. Esto dará como resultado que seamos arrastrados a su condición. Seguimos a Jesús en la vida abundante a medida que elegimos rodearnos de personas del pueblo de Dios.

ADMINISTRACIÓN EFICAZ DEL TIEMPO

Jesús tenía la vida abundante porque aprendió el secreto de administrar Su tiempo. La mayoría de nosotros no aprende esta lección. Jesús tenía más que hacer y menos tiempo en el cual hacerlo que cualquiera de nosotros. Vivió solamente treinta y tres años, y solamente tuvo tres años para realizar Su obra. Él dijo: «Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» (Juan 9.4).

Aunque tenía mucho que hacer, Jesús tenía tiempo para las personas y para las interrupciones frecuentes. Tuvo tiempo para una mujer que estuvo tirando del ruedo de Su vestido (Mateo 9.20). Tuvo tiempo para un pordiosero ciego que se sentaba

en tierra junto al camino a Jericó (Marcos 10.46). Tuvo tiempo para un hombre de baja estatura que estaba subido en un árbol de sicómoro y que lo llamaba (Lucas 19.5). Tuvo tiempo para un ladrón moribundo que dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lucas 23.42). De algún modo, si yo he de vivir la vida abundante, debo aprender a hacer tiempo para Dios, para los demás y para las cosas eternas.

CUIDADO DEL CUERPO COMO ES DEBIDO

Jesús vivió una vida abundante porque cuidó de sí mismo como era debido. No cultivó hábitos que deteriorarían Su vida. Creía en el ejercicio. Caminaba continuamente. De hecho, durante el tiempo de Su ministerio, cuando caminaba de Capernaum a Jerusalén, anduvo cerca de ciento sesenta kilómetros. ¡Una caminata de ciento sesenta millas! Sabemos que hizo ese recorrido a pie por lo menos cuatro veces.

Jesús también creía en el reposo. Esto fue lo que dijo a Sus apóstoles: «Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco» (Marcos 6.31). Jesús creía en cuidar de Su cuerpo, y lo mismo debemos creer nosotros.

UNA VIDA ESPIRITUAL DISCIPLINADA

Jesús vivió la vida abundante porque tenía una vida espiritual disciplinada. La Biblia dice: «Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Marcos 1.35). «... fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios» (Lucas 6.12).

Jesús tenía muchos momentos de devoción en privado. Ya había estado en el cielo, y estaba volviendo al cielo en pocos días, sin embargo todos los días que estuvo en la tierra sentía la necesidad de estar con Dios. Los que viven la vida abundante son los que todos los días toman tiempo para que Dios les hable por medio de Su Palabra, y para que ellos le hablen a Dios por medio de la oración.

UNA VIDA CONSECUENTE

Jesús vivió la vida abundante porque vivió una vida consecuente. La Biblia dice que Él no pecó. Fue tentado en todos los aspectos como lo somos nosotros, pero sin pecado (Hebreos 4.15). Cristo no tuvo nada de que lamentarse. Llegó al final de Su vida sin sentirse mal de lo que había hecho.

Son pocas las cosas en este mundo que pueden destruir la vida abundante más completamente que una conciencia sucia, esto es, saber que uno ha

hecho mal y que sigue haciendo mal, saber que está perdido y que sigue perdido. La Biblia dice que los malos son como el mar agitado cuando no puede reposar (Isaías 57.20). Si usted ha estado alguna vez en un mar agitado sabrá lo que significa. Uno es sacudido de aquí para allá y de allá para acá cuando vive una vida inicua. Los cristianos son nuevas criaturas (2ª Corintios 5.17). El viejo hombre está crucificado, somos sepultados en agua, y luego somos resucitados para andar en vida nueva (Romanos 6.4).

El abuelo de un muchacho que bauticé me contó lo que el hermano menor de este dijo cuando llegaron a casa. Echó una mirada a sus padres y preguntó: «¿Significa esto que mi hermano mayor ya no me va seguir tratando mal?». Era una buena pregunta. Eso es lo que debe significar. Cuando uno es bautizado, significa que será una persona diferente. No salimos con la misma lengua chismosa ni con pensamientos de lascivia al día siguiente porque, al haber sido sepultados con Él, andamos en vida nueva.

CONCLUSIÓN

Yo le deseo a usted, a su familia, a mi familia y a mí mismo, una vida abundante. El camino para tenerla consiste en seguir las pisadas de Jesucristo.

No hace mucho, tuve la oportunidad de visitar uno de los edificios más antiguos de las iglesias

de Cristo. Es el local de reuniones de la iglesia de Philadelphia que se ubica en el condado de Warren, en Tennessee. Fue construido en 1830 y todavía está en uso. Debajo de la estructura hay enormes vigas de cedro que han durado 130 años y parece que durarán otros 130 años. Las marcas dejadas por los golpes de hacha son claramente visibles por todo el edificio. Me impresionaron las dos puertas. Al igual que todos los edificios de iglesia respetables de antaño, tiene una puerta para los varones, y otra para las mujeres. Las mujeres entran y se sientan en el lado que les corresponde, y los varones también hacen lo mismo en el lado que les corresponde. También noté que las puertas no tienen tiradores ni cerrojos. Es como si ellas dijeran: «Entrad, no hay nada que os detenga. No hay nada que os estorbe. No hay cerrojos, no hay candados, no hay llaves, ni siquiera una agarradera. Si deseáis entrar, solo abrid la puerta, y pasad adentro».

Así es con la vida abundante. Uno puede ponerse de pie frente a ella, pensando en ella toda su vida. Puede quedarse allí, diciendo: «La razón por la cual no entro es...» y luego señalar a un pariente o a alguien dentro de la iglesia que no vive como es debido. O puede hacer lo que yo hice en la iglesia de Philadelphia: simplemente empuje la puerta y entre. «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».

Autor: Paul Rogers

© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados